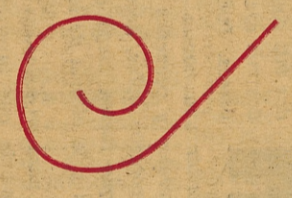


(Remitido por
Venta Borda
de Valencia)

--¿Qué tal, "Peque"? ¿Cómo fué la enfermedad?
--Después tuve una muy larga que me duró tres días.
--¿Y eso es una enfermedad larga?
--Es que tuve "laringocogastroentericoralitis acuda".



ANDANZAS DE LAPICERIN
lenoso, atronando todos los peligros y saliendo siempre de ellos con una pirueta impensada y graciosa. Su gran deseo, con el que se lanzó fervientemente a vivir esa vida errante y aventurera, fué siempre contentar y alegrar a los niños, sus grandes amigos.
¡Ojalá cumpla Lapicerin su deseo!

ANDANZAS DE LAPICERIN

OOOO
(Aventuras extraordinarias de un muñeco de tinta china)
OOOO

Biblioteca de EL PEQUE
1943

Esta idea se convirtió para Lapicerin en una obsesión. Correr mundo y vivir aventuras maravillosas; desear encantar príncipes, ser enemigo de las brujas y de los ogros, y tener la amistad y la protección de las hadas...



La fuga de Lapicerin

CAPITULO I

ONABAN las doce de la noche en el reloj de una torre cercana, cuando Lapicerin despertó y se revolvió en su cunitilla.
--¡Ahhh...! Bostezo, estiró los brazos, y miró a su alrededor. Estaba en el estudio, rodeado de una mesa llena de cuartillas, en algunas de las cuales dormían su sueño de tinta china otros muñequitos como él.
--¡Aaaaahhh...! ¡Qué incómodo se está aquí!-- murmuró estirando los brazos dos centímetros más que antes. Si me fuera a correr aventuras, sería seguramente más divertido que esto.

ANDANZAS DE LAPICERIN



La Luna, parecía un plato de plata... auténtica Luna, parecía un plato de plata, y a Lapicerin le pareció que le miraba y sonreía. Decididamente, su destino le empujaba fuera de aquella casa. Sus aventuras habían de ser extraordinarias. Y no lo pensó más.

CUENTO

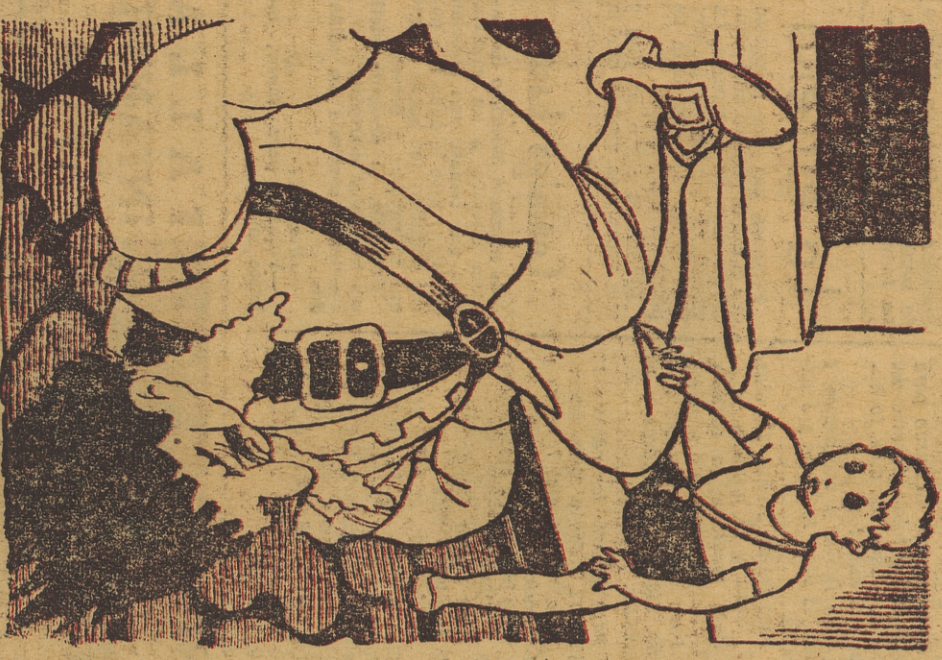
Pues, señor, érase un gran bazarr donde había juguetes de todas clases desde el más antiguo al más caro. Llovían las horas en que el establecimiento estaba abierto, se veía a los muñecos metidos en sus cajas, siempre quietos y silenciosos como si estuvieran en una prisión; pero nada más que daban las gano de la noche, que era la hora en que la dependencia se retiraba. Después de cerrar el bazarr, los juguetes, como muñecos por una luz misteriosa, empezaban a animarse, movían sus ojos, abrían la boca como para hablar, agrietaban las manos y los pies, igualmente que si fueran personas de carne y hueso.

Y un hermoso caballo de cartón que estaba en el escaparate empezaba a galopar a sus anchas; y un muñeco que había vestido de barullo cogía una guitarra y empezaba a cantar jotas; un grupo de muñecas comenzaba a jugar al corro, cantando alegremente; y los que estaban vestidos de militares, cogían dos o tres casacaos y armaban una guerra, en fin, que ningún muñeco se quedaba quieto y aque- llas horas eran para disfrutar. Había en el escaparate con- tral un muñeco de mas de medio metro de altura, llevaba el uniforme de aquellos ca- pitanes antiguos de capa y es- pada. Era el juguete más bo- nito y caro del bazarr. Todo el mundo que le veía se maravil- laba. Y como el sabía todo eso, se había vuelto orgulloso hasta más no poder; tanto, que cuando un día habló un com- pañero volvióle majas, tosa- mente la espada, diciéndole: —Yo no me codo con gente como vosotros, ¡sois muy po- co para mí! —les respondió.

Al día siguiente, nada de particular ocurrió y todos los juguetes pudieron dedicarse al descanso y a la contemplación de los transeúntes que pasa- ban por delante del escaparate donde eran exhibidos. Como podéis suponer, casi todos se inclinaban a preferir el arrogante espadachín que había en el centro de la esce- na, y que tanto por su tamaño como por la calidad de los ma- teriales con que había sido contruido, era el más lujoso, cuyo precio alcanzaba las tres cifras. Y estas alabanzas que continuamente eran vertidas en los oídos del ya demasiado presuntuoso Capitán Fanfarria, le hacían cada vez más inabordable y le alejaban de sus amigos.

Cuando ya se acercaba la noche, llegó un camión con varias cajas destinadas al es- tablecimiento y en seguida se procedió, por los empleados, a descargarlas y desembalarlas. En su interior aparecieron mu- chos personajes y algunos que eran copia de los que ya ha- bían en la tienda, ya que eran semejados a los más famosos por los vendedores. Entre ellos llamó la atención al dueño un boxeador que, si bien no era de la misma anti- quidad que el aguerrido y valeroso capitán, le parecía muy bien a los hombres. Y como fue un comprador, citó en seguida que fuese colocado en el es- caparate, junto al orgulloso mosquetero, pensando que al día siguiente llamaría la aten- ción de todos los que desde la calle vieran a la pareja ori- ginal.

Imaginad las miradas que le dirigía el capitán Fanfarria cuando le vio a su lado, ocu- rriendo parte de aquel lugar de preferencia que creía de su ex- clusiva propiedad. De haber tenido esas el poder destruc- tor del fuego, es del todo segu- ro que se hubiera originado in- mediatamente un incendio en la casa de los juguetes y que del pobre boxeador sólo que- darían las cenizas al cabo de un segundo, pero como el ca- pitán Fanfarria, a pesar de su orgullo, era un muñeco de



trapo y de cartón, tuvo que guardar su ojo y permanecer impasible fingiendo que des- precaba a su vecino y que ni tan siquiera le daba importan- cia, como se hace con una cri- criatura.

Pero cuando llegó su hora, esto es, cuando todo el públi- co hubo cesado y los em- pleados dejaron sus «monos» de trabajo o sus blancas batas para encaminarse a sus do- micilios en busca del descanso que tan bien se habían gana- do, entonces fue otra cosa...

Por lo visto, el boxeador era extranjero o, sencillamente, por- que no hizo el menor movi- miento y siguió con su pose- ganada como dispuesto a es- quivar los golpes que adviries- ran y a aguardar un potente «puñetazo» en el instante oportu- no.

Los juguetes que presenciar- ban la escena no podían erri- rar que la iba acomode a sus- tancias contemplando al nuevo zamborri.

El capitán Fanfarria volvió a ser orgulloso, levantando la ca- beza como para evitar el con- tacto con el boxeador, ¡un ri- dículo, menudete! —como él le calificaba intinamente—, y con voz engorriada le dijo: —Vámonos, apartate ya, «pe- liazco», que si el capricho del dueño de esta tienda te pa- riente, cedease, conmigo duran- te el día, no ocurrirá lo mis- mo durante las horas en que soy dueño de mis movimientos y puedo demostrar cuál es mi fuerza.

CUENTO

(Viene de la pág. anterior) —Yo estaré en una casa en que vivire como un rey. —O como un criado. No te- rras. Y no pudieron hablar más porque cada uno cogió su ju- guete y se fue con su mamá. Arrullito, que así se llamaba el niño rico, sólo dos o tres días se estuvo jugando con su fastuoso capitán. Era un niño que a cada momento le- nía un capricho y, ¡carol!, co- mo era hijo único y sus pa- dres eran ricos, satisfacían sus deseos todos. Y anduvo el tiempo, la ser- vidumbre, al ver que era un trazo inútil, lo arrojaron a a- calde entre los desperdicios de la casa.

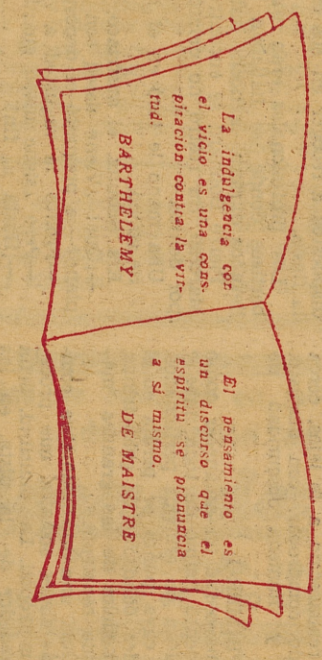
—Pobre de mí—pensaba don Fanfarria al verse en mi- rada del arroyo con el traje des- trozado y lleno de barro—. ¡Es- to es un justo castigo que me envía Dios por haber sido or- gulloso!

Y rondando por esas calles, muerto de frío, expuesto a mil peligros, pasó dos o tres días, hasta que la casualidad quiso apadarse de él. Cierta día, estando al borde de una alcantarilla a punto de caer en ella, se sintió co- gido por un brazo y oyo una voz infantil que decía: —¡Qué estropeado está, pe- ro yo lo arreglaré!

El capitán Fanfarria recono- ció en aquel muchacho a aquel

EL CAPITAN FANFARRIA

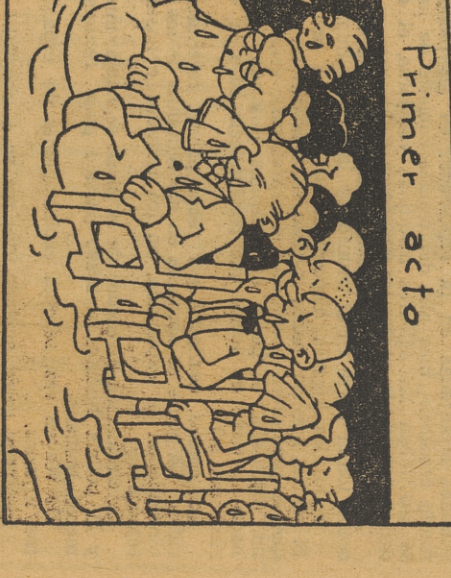
que el mismo día que lo com- praron a el complot un juguete. Lo muy humilde y muy barato. El capitán, después del bra- zo de Pedrin, que así se llama- ba el niño, atravesó varias calles hasta que llegó a una casa humilde donde entraron. Don Fanfarria, que aún le quedaba su poco de orgullo y vanidad, al ver aquello estuvo a punto de gritar a Pedrin que lo volviera a la calle, pues me- jor estaría por ahí que no en aquella casa; pero se contrajo al recordar las muchas penpe- cias que había pasado abando- nado por esos mundos de Dios. Pedrin entró en una habi- tación que era donde dormía, estudiaba y tenía sus juguete- tes. En un cajón empapelado dejó el capitán y salió, pues era la hora de la cena. Don Fanfarria sintió que le tocaban por detrás y que le decían: —¿Tú por aquí, capitán? —No me conozco? —Sí... ¿Eres el pastorcillo? —El mismo. ¿Y qué es de tu vida? —¡Muy desgraciada! —¿Ya lo veo. Tráes el traje roto y sucio, estás descolorido y te falta un ojo. Entonces, el abate militar contóle la triste odisea que ha- bía pasado sobre el desde el día que salió del bazarr. —Pues yo, amigo mío—dijo, le el muñeco pastor—, soy muy feliz. No me habían servido criados con libreas de raso bor-



dadas de oro; no habré comi- do exquisitos manjares como tú, ni habré dormido entre ca- cajes; pero nada me ha fa- lado. Pedrin me trata muy bien, me pinta cuando me fan- tan colores; me arregla el tra- je cuando se me estropea y me da de comer ambros, patatas, que es casi siempre la comida de los pobres. Pero a pesar de todo, ¡mirame qué nuevo y lu- cidito estoy!...

Un drama en Puerte Por Palop

Teatro Colón (Compañía de Pepi-Castana) Hoy estreno Lagrimas (drama)



Segundo acto dándose el salón inun-

